

Los que se marchan de Omelas

Ursula K. Le Guin

— Ursula K. Le Guin —

**Los que se marchan
de Omelas**

Este libelo es gratuito.

Copia, difunde y colorea.

Biblioteca Anarquista La Revoltosa

Alcorcón, Agosto 2016

bibliotecalarevoltosa@gmail.com

www.bibliotecalarevoltosa.wordpress.com

INTRODUCCIÓN. MUCHAS INCÓGNITAS Y ALGUNA CERTEZA

Sólo soy verdaderamente libre cuando todos los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres, de manera que cuanto más numerosos son los hombres libres que me rodean y más profunda y más amplia es su libertad, más extensa, más profunda y más amplia viene a ser mi libertad

Mijail Bakunin. *Sobre la libertad*

Pocos cuentos tan cortos abren un espacio tan amplio a la reflexión. Y nunca el género fantástico y de ciencia-ficción al que nos acostumbró la escritora Ursula K. Le Guin estuvo más próximo a lo real. Sus cuentos y novelas -aunque no se movieran dentro de los cauces más “ortodoxos” de la ciencia-ficción- siempre han incluido una correspondencia entre algún aspecto de lo narrado y la realidad, lo que permitía poder realizar una crítica de la sociedad actual sobre una base tangible.

5

Los que se marchan de Omelas presenta algunas cuestiones tan antiguas como la civilización: unas, han aparecido a lo largo de la historia bajo distintas formas; otras, sólo pueden ser observadas desde el prisma de la modernidad; todas, sin embargo, nos llevan, al menos, a una reflexión sobre el mundo de hoy.

¿Deben la felicidad y prosperidad generales basarse en la opresión y el sometimiento de unos/as pocos/as? ¿Está justificado? ¿Sería posible de otra manera? Este es el argumento principal que nos plantea la autora, un asunto que atraviesa nuestra existencia desde los primeros asentamientos humanos. ¿Hubieran sido capaces en la antigüedad clásica grecorromana, por poner un ejemplo, de renunciar a la esclavitud (base sobre la que se asentaba su economía)? ¿Seríamos capaces de renunciar

-veinte siglos después- a unas “comodidades” y a un “nivel de vida” occidentales basados en la desgracia de millones de seres en alguna otra parte del globo? ¿Quién no respondería afirmativamente que el derecho a la vida plena de una persona debería situarse por delante de cualquier consideración de otra índole? No obstante, ¿cuál es su correspondencia en la vida real? ¿Y si ello exigiese una productividad menor, una tecnología más simple asequible para la mayoría, una ración menor de “progreso”, en suma, una manera de relacionarnos completamente distinta y/o antagónica a la actual? ¿Seguiría siendo, entonces, afirmativa la respuesta? ¿Se plantea alguien hoy, de manera seria, estas paradojas?

6

Por otra parte, la historia ha dado sobrados ejemplos de que un mayor conocimiento de una situación de decadencia o catástrofe no es factor suficiente para un acto de rebelión. ¿Es, como se plantea en el texto, la costumbre, la degradación, el no conocer otra cosa, una losa demasiado pesada para la voluntad y la determinación humanas? ¿Se ha llegado a un punto sin retorno? Si el ser humano ha sido el sujeto de la Historia y ya no tiene posibilidad de elección, ¿supone esto el fin de la Historia?...

Todos estos interrogantes y muchos más que, por motivos de espacio no hemos referido, podrían inferirse de una lectura profunda y pausada de *Los que se marchan de Omelas*. Dejamos ese ejercicio a quienes encaren las siguientes páginas. Para terminar, sólo nos queda la certeza a la que hacemos mención en nuestro título, la de *los/as que se marchan de Omelas*, aquellos/as que, sin saber a ciencia cierta a dónde se dirigen, sabemos que han logrado abrir los ojos y que nunca más podrán cerrarlos.

Alcorcón, Agosto de 2016.

URSULA K. LE GUIN

LOS QUE SE MARCHAN DE OMELAS

[Variaciones sobre un tema de William James]

La idea central de este psicomito, la víctima propiciatoria, aparece en Los hermanos Karamazov, de Dostoievski, y algunas personas me han preguntado, con bastantes recelos, por qué le otorgué el mérito a William James. El caso es que no he sido capaz de releer a Dostoievski — aunque me gustaba mucho — desde que tenía veinticinco años, y había olvidado que él utilizó la idea. Pero cuando me la encontré en El Filósofo Moral y la Vida Moral de William James, me impresionó reconocerla. Así es como la expresa James:

7

«Consideremos la hipótesis de que se nos ofreciera un Mundo en el que fueran posibles las utopías de Fourier, Bellamy y Morris, y en el que, por tanto, millones de personas fueran siempre felices, pero con la única condición de que un alma perdida más allá de las cosas tuviera que llevar una vida de solitario tormento. Por mucho que nos tentara el impulso de agarrarnos a una felicidad así ofrecida, sólo una emoción muy específica e independiente podría hacernos sentir todo lo repugnante que sería disfrutar de ella a cambio de aceptar deliberadamente un trato semejante.»

Difícilmente podría expresarse mejor el dilema de la conciencia americana. Dostoievski era un gran artista, y un radical, pero su temprano radicalismo social dio un vuelco convirtiéndole en un violento reaccionario. En cambio, el americano James, que parece tan tibio, tan ingenuo y caballeroso, fue y sigue siendo un verdadero pensador radical. ¡Y fíjense cómo dice «nosotros», dando por supuesto que todos sus lectores son tan honrados como él! Inmediatamente después del párrafo

del «alma perdida» continúa:

«Todas las ideas agudas y elevadas son revolucionarias. Se nos presentan mucho menos como efectos de la experiencia pasada que como probables causas de experiencias futuras; son factores ante los que habrán de inclinarse el medio ambiente y las lecciones aprendidas hasta ahora.»

Estas dos frases se aplican muy directamente a este cuento, a la ciencia ficción y a todo el pensamiento acerca del futuro en general. Los ideales como «probable causa de futuras experiencias» ¡he aquí una observación sutil y estimulante!

Por supuesto, no fue leer a James y sentarse y decir: «Ahora escribiré un cuento acerca de esa “alma perdida”». No suele ser tan sencillo. Me senté y empecé a escribir una historia, únicamente porque me apetecía, pensando sólo en la palabra <<Omelas>>. Venía de una señal de carretera: Salem (Oregon) leída al revés. ¿Ustedes no leen los letreros de la carretera al revés? POTS. NÓICUACERP soñin. Ocsicnarf Nas... Salem es igual a schelomo, que es igual a salaam, que es igual a Paz. Melas. O melas. Omelas. Homme hélas. «¿De dónde saca sus ideas, señora Le Guin?». De olvidar a Dostoiévski y leer los letreros de la carretera de derecha a izquierda, naturalmente. ¿De dónde, si no?

Con un estruendo de campanas que hizo alzar el vuelo a las golondrinas, la Fiesta del Verano penetró en la deslumbrante ciudad de Omelas, cuyas torres dominan el mar. En el puerto, los gallardetes ponían notas multicolores en los aparejos de los buques. En las calles, entre las casas de tejados rojos y paredes encaladas, entre los tupidos jardines y en las avenidas flanqueadas de árboles, ante los enormes parques y los edificios públicos, avanzaban las procesiones. Algunas eran solemnes: ancianos

vestidos con ropas grises y malvas, maestros artesanos de rostros graves, mujeres sonrientes pero dignas, llevando en brazos a sus chiquillos y charlando mientras avanzaban. En otras calles, el ritmo de la música era más rápido, un estruendo de tambores y de platillos; y la gente bailaba, toda la procesión no era más que un enorme baile. Los chiquillos saltaban por todos lados, y sus agudos gritos se elevaban como el vuelo de las golondrinas por encima de la música y de los cantos. Todas las procesiones avanzaban ascendiendo hacia la parte norte de la ciudad, hacia la gran pradera llamada Campos Verdes, donde chicos y chicas, desnudos bajo el Sol, con los pies, las piernas y los ágiles brazos cubiertos de barro, ejercitaban a sus caballos antes de la carrera. Los caballos no llevaban ningún arreo, excepto un cabestro sin freno. Sus crines estaban adornadas con lazos de color plateado, verde y oro. Dilataban sus ollares, piafaban y se pavoneaban; se mostraban muy excitados, ya que el caballo es el único animal que ha hecho suyas nuestras ceremonias. En la lejanía, al norte y al oeste, se elevaban las montañas, rodeando a medias Omelas con su inmenso abrazo. El aire matutino era tan puro que la nieve que coronaba aún las Dieciocho Montañas brillaba con un fuego blanco y oro bajo la luz del Sol, ornada por el profundo azul del cielo. Había exactamente el viento preciso para hacer ondear y chasquear de tanto en tanto las banderas que limitaban el terreno donde iba a desarrollarse la carrera. En el silencio de los amplios prados verdes podía oírse cómo la música serpenteaba por las calles de la ciudad, primero lejana, luego más y más próxima, avanzando siempre, un agradable presente difundándose en el aire, que a veces reverberaba y se condensaba para estallar en un inmenso y alegre repicar de campanas.

¡Alegre! ¿Cómo es posible hablar de alegría? ¿Cómo describir a los ciudadanos de Omelas?

No eran gentes simples, aunque fueran felices. Pero las palabras que expresan la alegría ya no suenan muy a menudo. Todas

las sonrisas se han vuelto algo arcaico. Con una descripción así, uno tiende a hacer ciertas conjeturas. Con una descripción como ésta, uno espera ver al rey montado en un espléndido garañón y rodeado de sus nobles caballeros, o quizá en una litera de oro transportada por musculosos esclavos. Pero en Omelas no había rey. No se utilizaban las espadas, y tampoco había esclavos. No eran bárbaros. No conozco las reglas y las leyes de su sociedad, pero estoy segura que éstas eran poco numerosas. Y como vivían sin monarquía y sin esclavitud, tampoco tenían Bolsa, ni publicidad, ni policía secreta, ni bombas. Y sin embargo, no eran gentes sencillas, nada de dulces pastores, ni nobles salvajes, ni cándidos utópicos. No eran menos complejos que nosotros. Lo malo es que nosotros poseemos la mala costumbre, animada por los pedantes y los sofistas, de considerar la felicidad como algo más bien estúpido. Sólo el sufrimiento es intelectual, sólo el mal es interesante. Esta es la traición del artista: su negativa a admitir la banalidad del mal y el terrible aburrimiento del dolor. Si no les puedes vencer, únete a ellos. Si te duele, vuelve a comenzar. Pero aceptar la desesperación es condenar la alegría; adoptar la violencia es perder el dominio de todo lo demás. Y casi lo hemos perdido todo; ya no podemos describir a un hombre feliz, ni celebrar la menor alegría. ¿Podría hablarles yo, en algunas palabras, de los habitantes de Omelas? No eran en absoluto niños ingenuos y felices... aunque, de hecho, sus niños eran felices. Eran adultos maduros, inteligentes y apasionados, cuya vida no era en ningún sentido miserable. ¡Oh, milagro! Pero me gustaría poder ofrecer una mejor descripción. Me gustaría poder convencerles. Omelas resuena en mi boca como una ciudad de cuento de hadas; suena a érase una vez, hace tanto tiempo, en un lejano país... Quizá sería mejor forzarles a imaginarla por ustedes mismos, aunque no estoy segura del resultado, ya que seguramente no podré satisfacerles a todos. Por ejemplo: ¿cuál era su tecnología? No había coches en sus calles ni helicópteros volando sobre la ciudad; y esto provenía del hecho que los habitantes de Omelas son gentes felices. La felicidad se funda en un justo dis-

cernimiento entre lo que es necesario, lo que no es ni necesario ni nocivo, y lo que es nocivo. Si se considera la segunda categoría —la de lo que no es ni necesario ni nocivo; la del confort, el lujo, la exuberancia, etcétera—, podían tener perfectamente calefacción central, ferrocarril subterráneo, lavadoras, y toda esa clase de maravillosos aparatos que aquí aún no hemos inventado: lámparas flotantes, otra fuente de energía distinta al petróleo, un remedio contra el resfriado. Quizá no tuvieran nada de todo eso: es algo que no tiene la menor importancia. Ustedes mismos. Yo me inclino a creer que los habitantes de las ciudades vecinas llegaron a Omelas, durante los días que precedieron a la Fiesta, en pequeños trenes rápidos y en tranvías de dos pisos, y que la estación de Omelas es el edificio más hermoso de la ciudad, aunque su arquitectura sea más sencilla que la del magnífico Mercado de Agricultores. Pero pese a esos trenes, me temo que Omelas no les parezca una ciudad agradable. Sonrisas, campanas, paradas, caballos..., ¡bah! Entonces, añádanle una orgía. Si les parece útil añadirle una orgía, no vacilen. Sin embargo, no nos dejemos arrastrar hasta instalar en ella templos de donde surgen magníficos sacerdotes y sacerdotisas enteramente desnudos, ya casi en éxtasis y dispuestos a copular con cualquiera, hombre o mujer, amante o extranjero, deseando la unión con la divinidad de la sangre, aunque esta fuera mi primera idea. Pero, realmente, será mejor no tener templos en Omelas... al menos no templos materiales. Religión sí, clero no. Esas hermosas personas desnudas pueden sin duda contentarse con pasear por la ciudad, ofreciéndose como soplos divinos al apetito de los hambrientos y al placer de la carne. Dejémosles unirse a las procesiones. Dejemos que los tambores resuenen por encima de las parejas copulando, dejemos los platillos proclamar la gloria del deseo, y que (y este no es un extremo que haya que olvidar) los hijos nacidos de tales deliciosos rituales sean amados y educados por toda la comunidad. Una cosa que sé que no existe en Omelas es el crimen. ¿Pero podría ser de otro modo? Al principio pensaba que no existían las drogas, pero esta es una actitud puritana. Para aque-

llos que lo desean, el insistente y difuso dulzor del *drooz* puede perfumar las calles de la ciudad. El *drooz* no produce adicción. Otorga primero al cuerpo y a la mente una gran claridad y una increíble ligereza de miembros, y luego, tras algunas horas, una ensoñadora languidez, y finalmente maravillosas visiones sobre los secretos más íntimos y recónditos del Universo, al tiempo que excita los placeres del sexo más allá de toda imaginación. Para aquellos que tienen gustos más modestos, imagino que debe existir la cerveza. ¿Qué otra cosa puede hallarse en la radiante ciudad? El sentido de la victoria, por supuesto, la celebración del valor. Pero, puesto que no tenemos clérigos, no tengamos tampoco soldados. La alegría que nace de una victoria carnicera no es una alegría sana; no le convendría aquí; está llena de horror y no posee ningún interés. Un placer generoso e ilimitado, un triunfo magnánimo experimentado no contra algún enemigo exterior, sino en comunión con lo más justo y más hermoso que hay en la mente de todos los hombres, y con el esplendor del verano dominando el Mundo: eso es lo que hincha el corazón de los habitantes de Omelas, y la victoria que celebran es la victoria de la vida. Realmente, creo que no hay muchos que sientan la necesidad de tomar *drooz*.

La mayor parte de las procesiones han alcanzado ya Campos Verdes. Un maravilloso aroma a comida escapa de las tiendas rojas y azules tras los tenderetes. Los rostros de los niños están llenos de dulce. Unas migajas de un sabroso pastel permanecen prisioneras en la benévola barba gris de un anciano. Los chicos y las chicas han montado en sus caballos y van agrupándose cerca de la línea de salida de la carrera. Una vieja mujer, menuda, gorda y sonriente, distribuye flores de un cesto, y la gente se las mete entre sus brillantes cabellos. Un niño de nueve o diez años permanece sentado al borde de la multitud, solo, tocando una flauta de madera. Las gentes se detienen a escucharle, le sonríen, pero no le dicen nada, ya que él no deja de tocar y ni siquiera les ve, sus ojos oscuros están perdidos en la suave y ondulante

magia de la melodía.

De pronto, se detiene y baja las manos que sostienen la flauta de madera.

Como si ese pequeño silencio personal fuera la señal, una trompeta deja oír su vibrante sonido desde la tienda que se halla junto a la línea de partida: imperiosa, melancólica, penetrante. Los caballos patalean y se agitan. Tranquilizadamente, los jóvenes jinetes acarician el cuello de su montura y murmuran palabras halagadoras: «Tranquilo, tranquilo, vas a ganar, estoy seguro...». Comienzan a formar una hilera a lo largo de la línea de partida. La multitud que bordea el campo de carreras da la impresión de una pradera de hierba y flores agitada por el viento. La Fiesta del Verano acaba de comenzar.

¿Creen ustedes todo esto? ¿Aceptan la realidad de esta celebración, de esta ciudad, de esta alegría? ¿No? Entonces déjenme describirles algo más.

En el subsuelo de uno de los magníficos edificios públicos de Omelas, o quizá en los sótanos de una de esas espaciosas mansiones privadas, hay un cuarto. Su puerta está cerrada con llave, y no tiene ninguna ventana. Un poco de polvorienta luz se filtra en su interior por los intersticios de las planchas de otra ventana recubierta de telarañas en algún lugar al otro lado de la puerta. En un rincón del pequeño cuarto hay dos escobas hechas con ramas duras, llenas de mugre, de olor repugnante, colocadas cerca de un oxidado cubo. El suelo está sucio, es húmedo al tacto, como suelen serlo generalmente los suelos de los sótanos. El cuarto tiene tres pasos de largo por dos de ancho: apenas una alacena o un cuarto trastero abandonado. Hay un niño sentado en este lugar. Puede que sea un niño o una niña. Parece tener unos seis años, pero de hecho tiene casi diez. Es retrasado mental. Quizá

naciera deficiente, o tal vez su imbecilidad sea debida al miedo, a la mala nutrición y a la falta de cuidados. Se rasca la nariz y a veces se manosea los dedos de los pies o el sexo, y permanece sentado, acurrucado en el rincón opuesto al cubo y a las dos escobas. Tiene miedo de las escobas. Las encuentra horribles. Cierra los ojos, pero sabe que las escobas siguen estando allá; y la puerta está cerrada con llave; y nadie vendrá. La puerta permanece siempre cerrada, y nadie viene nunca, excepto algunas veces —el niño no tiene la menor noción del paso del tiempo—, algunas veces en que la puerta chirría horriblemente y se abre, y una persona, o varias personas, aparecen. Una de ellas entra a veces y golpea al niño para que se levante. Las demás no se le acercan nunca, pero miran al interior del cuarto con ojos de horror y de disgusto. El cuenco de la comida y la jarra son llenados apresuradamente, la puerta vuelve a cerrarse con llave, los ojos desaparecen. Las gentes que permanecen en la puerta no dicen nunca nada, pero el niño, que no siempre ha vivido en aquel cuarto y puede recordar la luz del Sol y la voz de su madre, habla algunas veces.

«Seré bueno — dice—. Por favor, déjenme salir. ¡Seré bueno!».

Ellos no contestan nunca. Antes, por la noche, el niño gritaba pidiendo ayuda y lloraba mucho, pero ahora no hace más que gemir suavemente, «mhhh-haa, mhhmhaa », y habla menos cada vez. Está tan delgado que sus piernas son puros huesos y su vientre una enorme protuberancia; vive con medio cuenco diario de grasa y cereal. Está desnudo. Sus muslos y sus nalgas no son más que una masa de infectas úlceras, y permanece constantemente sentado sobre sus propios excrementos.

Todos saben que está allá, todos los habitantes de Omelas. Algunos comprenden por qué, otros no, pero todos comprenden que su felicidad, la belleza de su ciudad, el afecto de sus relaciones, la salud de sus hijos, la sabiduría de sus sabios, el talento

de sus artistas, incluso la abundancia de sus cosechas y la suavidad de su clima dependen completamente de la horrible miseria de aquel niño.

Generalmente esto les es explicado a los niños cuando tienen entre ocho y doce años, cuando se hallan en edad de comprender; y la mayor parte de los que van a ver al niño son jóvenes, aunque hay también adultos que acuden a menudo a verle, algunas veces de nuevo. No importa el modo cómo les haya sido explicado, esos jóvenes espectadores se muestran siempre impresionados y disgustados por lo que ven. Sienten aversión, algo que creían superado. Sienten la cólera, el ultraje, la impotencia, pese a todas las explicaciones. Les gustaría hacer algo por el niño. Pero no hay nada que puedan hacer. Si el niño fuera conducido a la luz del Sol, fuera de aquel abominable lugar, si se le lavara y recibiera comida y cuidados, eso sería algo bueno, desde luego. Pero si se hiciera esto, toda la prosperidad, la belleza y la alegría de Omelas serían destruidas ese mismo día y esa misma hora. Ésas son las condiciones. Cambiar toda la bondad y alegría de Omelas por esa simple y mínima mejora: rechazar la felicidad de miles de personas por la posibilidad de la felicidad de uno solo: esto sería, por supuesto, dejar que la culpa atravesara las murallas.

Las condiciones son estrictas y absolutas; ni siquiera hay que decirle una palabra amable al niño.

A menudo los jóvenes entran llorando en sus casas, o inundados de una contenida rabia, cuando han visto al niño y afrontado aquella terrible paradoja. Pueden irse asimilando durante semanas o incluso años. Pero con el tiempo empiezan a darse cuenta que, incluso si el niño fuera liberado, no sacaría mucho provecho de su libertad: un pequeño y vago placer de calor y alimento, por supuesto, pero no mucho más. Está demasiado idiotizado y degradado como para sentir la menor alegría real.

Ha vivido durante demasiado tiempo atemorizado para verse alguna vez liberado de él. Sus costumbres son demasiado salvajes para que pueda reaccionar ante un trato humano. De hecho, tras tanto tiempo, se sentiría indudablemente desgraciado sin paredes que le protegieran, sin tinieblas para sus ojos, sin excrementos sobre los que sentarse. Sus lágrimas ante tan cruel injusticia se secan cuando empiezan a percibir y a aceptar la terrible justicia de la realidad. Y sin embargo son sus lágrimas y su cólera, su tentativa de generosidad y el reconocimiento de su impotencia, lo que tal vez constituya la auténtica fuente del esplendor de sus vidas. Entre ellos no existe la felicidad insípida e irresponsable. Saben que ellos mismos, al igual que el niño, no son tampoco libres. Conocen la compasión. Es la existencia del niño, y su conocimiento de tal existencia, lo que hace posible la nobleza de su arquitectura, la fuerza de su música, la grandiosidad de su ciencia. Es a causa de este niño que son tan considerados con sus propios hijos. Saben que si aquel ser tan miserable no estuviera allá, lloriqueando en las tinieblas, el otro, el que toca la flauta, no podría interpretar aquella gozosa música mientras los jóvenes y magníficos jinetes se alinean para la carrera, bajo el Sol de la primera mañana del verano.

¿Creen ahora en ellos? ¿No les parecen mucho más reales? Pero aún queda algo por decir, y esto es casi increíble.

A veces, uno o una de los adolescentes que acuden a ver al niño no regresa a su casa para llorar o rumiar su cólera; de hecho, no regresa nunca a su casa. Algunas veces también, un hombre o una mujer adulto permanece silencioso durante uno o dos días, y luego abandona su hogar. Esas gentes salen a la calle y avanzan, solitarios, a lo largo de ella. Siguen andando y abandonan la ciudad de Omelas. Todos ellos se van solos, chico o chica, hombre o mujer. Cae la noche; el viajero debe atravesar poblados, pasar entre casas de iluminadas ventanas, luego hundirse en las tinieblas de los campos. Solitario, cada uno de ellos

va hacia el oeste o hacia el norte, hacia las montañas. Y siguen. Abandonan Omelas, se sumergen en la oscuridad, y no vuelven nunca. Para la mayor parte de nosotros, el lugar hacia el cual se dirigen es aún más increíble que la ciudad de la felicidad. Me es imposible describirlo. Quizá ni siquiera exista. Pero, sin embargo, todos los que se van de Omelas parecen saber muy bien hacia dónde van.

Fin.

¿QUIÉN ES URSULA K. LE GUIN?

Nacida el 21 de octubre de 1929 en Berkeley, Ursula Kroeber era hija de Theodora y Alfred Kroeber, escritora de cuentos infantiles y antropólogo, respectivamente. Estudió en el Radcliffe College y se graduó en Literatura Italiana y Francesa del Renacimiento en la Universidad de Columbia. Tras ganar una beca para estudiar en Francia, conoció a Charles A. Le Guin, historiador, con el que contrajo matrimonio en 1953 en París. En 1958 se establecieron en Portland, Oregón. Tuvieron tres hijos y, de momento, tres nietos. A lo largo de su vida, Ursula K. Le Guin se ha revelado como activa militante pacifista y feminista.

Ursula K. Le Guin es una de las autoras más completas de nuestro tiempo. Escribe prosa y verso, y ha publicado sus trabajos en géneros tan distintos como la fantasía, ciencia-ficción, ficción realista, libros infantiles, libros para jóvenes, ensayos, guiones, etc. Ha publicado 6 libros de poesía, 20 novelas, más de 100 cuentos cortos (que han sido recogidos en 11 volúmenes), 11 libros infantiles, 4 colecciones de ensayos y 4 traducciones de otras obras, en apenas 40 años. Unas cifras realmente impresionantes, que muy pocos autores han conseguido, y más aún teniendo en cuenta la alta calidad de sus textos y de la variedad de sus formas.

Algunos de los trabajos más conocidos de Ursula K. Le Guin llevan re-imprimiéndose de forma continuada desde hace más de treinta años. Además, sus libros de fantasía más conocidos (los cuatro primeros volúmenes de la saga de *Terramar*) han vendido millones de ejemplares en EE.UU. y en Inglaterra, y han sido traducidos a más de dieciséis idiomas. Su primera obra importante de ciencia-ficción, *La mano izquierda de la oscuridad*, se considera

clave en su campo, por su investigación radical de los roles de género, y por su complejidad moral y literaria. Sus novelas *Los desposeídos* y *El eterno regreso a casa* redefinen el alcance y el estilo de la ficción utópica. De sus libros infantiles, la saga de *Catwings* se ha convertido en una de las favoritas del público lector. Por otro lado, su versión del *Tao Te Ching*, de Lao Tzu, una traducción en la cual trabajó durante cuarenta años, ha recibido gran reconocimiento.

Entre los muchos premios que sus libros han recibido están el National Book Award, 5 premios Hugo, 5 premios Nébulas, el Grand Master de los SWFA, el Kafka Award, el Pushcart Prize, el Howard Vursell Award de la Academia Americana de las Artes y las Letras, y el premio Robert Kirsch Award del L.A. Times.

- Extraído de *ursulakleguin.com* -

ENTREVISTA AURSULA K. LE GUIN

Entrevista aparecida en el fanzine *Strangers in a tangled wilderness*.

- Extraído de Alasbarricadas.org -

SiTW: Una de las cosas por las que siento curiosidad es por el papel del radical como autor de ficción. ¿Qué sientes que has conseguido, tanto a nivel social como político, con tu escritura? ¿Tienes algún ejemplo en concreto acerca de algún cambio que hayas ayudado a iniciar?

Ursula: Puedo dar la razón a Shelley en que los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo, pero eso no quiere decir que realmente consigan que se aprueben muchas leyes, y supongo que nunca busqué realmente unos resultados prácticos y definibles de todo lo que escribí. Mis utopías no son anteproyectos. De hecho, desconfío de las utopías que pretenden ser anteproyectos. La ficción no es un buen medio para sermonear o planificar. Es realmente buena, sin embargo, para lo que solemos llamar “auge-consciente”.

Dentro de mi campo de trabajo -la ficción imaginativa- creo que he tenido un efecto apreciable en la representación del género y de la “raza”, específicamente el color de piel. Cuando llegué a este campo, el punto de vista era totalmente masculino y todos eran de raza blanca. Al principio, yo misma escribía de esa manera también. En la ciencia ficción, me uní al movimiento feminista cuando resurgió a finales de la década de los sesenta y principio de los setenta, y eliminamos las chirriantes Barbies y empezamos a escribir sobre personajes femeninos actuales. En la fantasía, mis héroes eran de color en una época en la que, que yo sepa, nadie más lo era. (Y aún lucho para conseguir que sean representados como no-blancos).

SiTW: Cambiando de tema, ¿alguna vez te sientes presionada por parte de “radicales” por el hecho de escribir “más moderadamente” o desde determinadas posturas?

Ursula: No me pongo a mí misma en una posición para recibir mucha presión por parte de nadie. No me caso con nadie, y hago pocas acciones públicas (excepto cosas como manifestaciones, las cuales he estado haciéndolas durante el pasado milenio). Por supuesto he sido acusada por marxistas de no ser marxista, pero ellos acusan a todo el mundo de no serlo. Y los anarquistas activistas siempre tienen la esperanza de que pueda ser una activista, pero creo que se dan cuenta de que sería pésima, y dejan que vuelva a dedicarme a escribir lo que escribo.

Jefferson pensaba que ya teníamos la libertad como un derecho inalienable, y ya sólo teníamos que perseguir la felicidad. Yo creo que la búsqueda de la libertad es de lo que se encarga la izquierda, pero también, pienso que si realmente persigues la libertad, como artista, no puedes unirte a un movimiento que tiene reglas y está organizado. Visto desde esa óptica, el feminismo era perfecto -nos dimos cuenta mayoritariamente de que tod@s podíamos ser feministas a nuestro modo. Los movimientos pacifistas, muy difusos y *ad hoc*, han estado muy bien. Y puedo también trabajar para cosas como planificación familiar o Conservación de la Naturaleza, o para una campaña política, pero sólo como rellenasobres: no puedo poner mi trabajo directamente a su servicio, expresando sus metas. Mi trabajo tiene que seguir su propio camino hacia la libertad.

SiTW: ¿Te has encontrado con algún problema, publicando en el circuito comercial del mundo de ficción, habida cuenta de tu naturaleza política?

Ursula: No que yo sepa. Es posible que a Charles Scribner, que había publicado mi libro anterior y que tenía opciones de hacer lo propio con *Los Desposeídos*, no le gustara porque le desagradase la temática

anarquista; pero pienso que en realidad simplemente pensó que era un tocho enorme y aburrido y no entendió absolutamente nada. Me pidió que lo cortase a mitad. Dije: no gracias, rompimos el contrato amigablemente, y Harper and Row no dejó pasar la oportunidad -mejor editorial para mí, en cualquier caso. Así que no puedo decir que haya sufrido por mis ideas políticas. La ciencia ficción y la fantasía pasan muy desapercibidas, ¿sabes? La gente simplemente no busca pensamientos radicales en un campo que nuestros respetables críticos definen como banalidades escapistas. Algo de ello es escapista, de acuerdo, pero de lo que se está escapando es de las banalidades de la ficción popular, de gran parte de la televisión y de las películas.

SiTW: Tengo la sensación de que haces un trabajo excelente presentando conceptos bastante radicales en historias que no aparentan ser propaganda. Por ejemplo, en la historia Ile Forest [algo así como En el Bosque], de Cuentos Orsinianos, creo que socavas las creencias del lector en ideas como las leyes (escritas).

Ursula: ¡Ja! ¡Eso me agrada! Es una historia tan romántica, nunca pensé en ella en tanto que poseedora de un significado subversivo, pero, por supuesto, tienes razón, lo tiene.

SiTW: Puede que esté equivocad@, pero tengo la impresión de que la cultura moderna de la fantasía y la ciencia ficción rehúye intencionadamente la política más de lo que solía. Muchas revistas, por ejemplo, afirman específicamente que no están interesadas en trabajos que tengan que ver con cuestiones políticas.

Ursula: ¿Lo hacen? Guau. Eso es deprimente más allá de las palabras. Están cavando su propia tumba.

SiTW: ¿Has percibido algún cambio en esta dirección?

Ursula: Simplemente ya no miro al mercado. Hace ya un tiempo que no escribo historias cortas, y si lo hiciera, sería mi agente quien

elucubrara sobre dónde se iban a vender mejor.

Pero quizás ésta es una de las razones por las que ya no leo demasiada ciencia ficción. La cojo y en seguida la vuelvo a dejar. Tal vez simplemente me pasé con ella. Pero parece algo casi académico, últimamente. Producir el mismo material pero más atrayente, con más hardware, más noir. Pero puede que esté completamente equivocada en esto.

SiTW: Has acuñado tal vez una de mis descripciones de una línea favoritas de qué es un anarquista: “Alguien que, eligiendo, acepta la responsabilidad de la elección”. ¿Te describirías a ti misma como anarquista?

Ursula: No lo hago, porque carezco por entero del elemento activista, y por lo tanto parecería falso o demasiado fácil. Como l@s blanc@s que dicen que tienen “parte de Cherokee”.

24

SiTW: Espero que no te importe que much@s de nosotr@s te reivindicamos, más o menos como hacemos con Tolstoi. (De quien creo que es posible afirmar que dijo “Los anarquistas tienen razón... en todo salvo en su creencia de que el anarquismo puede alcanzarse mediante la revolución”, aunque sólo he leído esta cita, y no su ensayo original).

Ursula: ¡Por supuesto, a mí no me importa! Me conmueve y me siento sobrevalorada.

SiTW: ¿Cuáles fueron tus primeros contactos con el anarquismo?

Ursula: Cuando me surgió la idea de *Los Desposeídos*, la historia que esboqué estaba toda mal, y tuve que adivinar de qué iba realmente y qué necesitaba. Lo que necesitaba en primer lugar, era alrededor de un año leyendo todas las Utopías, y después otro año o dos leyendo a todos los escritores anarquistas. Ésa fue mi interacción principal con

el anarquismo. Tuve suerte: aquel material era difícil de encontrar en los setenta -¡sombras de Sacco y Vanzetti!- pero había un librero muy de izquierdas aquí, en Portland, y si llegabas a conocerlo te dejaba ver su fantástica colección de antiguos textos anarquistas, y también algo de la gente nueva, como Bookchin. Así que tuve una buena educación.

Me sentía totalmente en casa con el anarquismo (pacifista, no violento), igual que siempre me ha pasado con el taoísmo (están relacionados, al menos guardan afinidad). Es el único pensamiento político con el que me siento cómoda. También está cada vez más ligado estos días, muy interesadamente, con la etología y la psicología animal (como Kropotkin sabía que pasaría).

SiTW: Varios libros que he leído o visto -vistazos generales sobre la historia del anarquismo- atribuyen la primera literatura “anarquista” a un antiguo pensador taoísta, e incluyen el ensayo, aunque no lograría recordar el título o el autor aunque me fuera la vida en ello. No obstante, encuentro la conexión bastante interesante.

25

Ursula: Bueno, partes del libro de Lao Tzu Tao Te Ching, y partes del libro de Chuang Tzu, a quien la gente llama principalmente por su nombre, son clara y radicalmente anárquicas (y Chuang Tzu es gracioso, además). La mejor traducción es de Burton Watson. Yo hice una versión de Lao Tzu que saca a escena el anarquismo bastante claramente, y también conseguí eliminar el lenguaje sexista, lo cual fue divertido (y no demasiado exasperante, ya que los antiguos chinos generalmente no especifican el género). Te mandaré una copia pero se me han acabado. El editor es Shambhala. Ésos son los dos grandes nombres del taoísmo “filosófico” (no de la religión taoísta, que es un tema bastante distinto).

SiTW: ¿Cuándo desapareció del inglés escrito la versión singular de “they*”? Es bonito poder defender la práctica.

Ursula: Los gramáticos de los siglos XVII y XVIII, intentando des-

brozar un camino común en la salvaje jungla del inglés isabelino, regularizaron múltiples usos -incluido el deletreo-, lo cual no es mala idea en sí misma; pero admiraban tanto el latín que lo utilizaron como modelo, en lugar de observar cómo el inglés realmente solucionaba algunos de estos problemas. “El lector/a” o “una persona” no coinciden en número con “they” [ell@s], y en latín es absolutamente necesario que el sujeto y el verbo coincidan en número...así que dijeron que también era necesario en inglés. (En realidad, no lo es siempre, ya que tenemos otras formas de clarificar el significado, por ejemplo el orden de las palabras, algo casi irrelevante en latín). De modo que usos coloquiales como “he don’t**” (que mi padre, un profesor universitario, a veces usaba) fueron erradicados de la lengua escrita, como también lo fue el “they” indefinido, incluso a pesar de que aparece en Shakespeare. Pero los gramáticos no pudieron hacerlo desaparecer del lenguaje hablado. Está perfectamente vivo ahí. “¿Si alguien quiere “their” [sus] helado harían bien en darse prisa!” Así que no supone una falta engorrosa-grande el deslizarlo de vuelta al inglés escrito.

Es curioso cómo la gente que se opone más furibundamente a “incorrecciones” como ésta casi siempre resultan ser muy insegur@s política y/o socialmente.

*- “They” en inglés es el pronombre utilizado para la tercera persona del plural, y no tiene género (es neutro), luego no es sexista. Sin embargo, para la tercera persona del singular se utilizan los pronombres “he” (él) “she” (ella) o “it” (pronombre neutro que se utiliza para objetos, animales y en ocasiones para bebés), de modo que aparece el problema del sexismo en el lenguaje, cosa que como explica Ursula K. LeGuin no sucedía con el inglés antiguo, pues éste permitía utilizar “they” para el singular también, ya que al no tratarse de una lengua latina, no obliga a la coincidencia en número entre el sujeto y el predicado de una oración, como se explica en el texto.

** - El verbo “do” (hacer) se conjuga, en presente de indicativo, tercera persona singular, como “does” (el agregado n’t es una contracción informal del not en la oración negativa, que en realidad sería “do not” en vez de “don’t”), de modo que “He don’t”, con las normas gramaticales en la mano, es una incorrección (debería decirse “He doesn’t”), aunque es un coloquialismo frecuente.

